**Jesús en la Cruz**

Por Pedro Méndez

Recientemente, he estado reflexionando sobre Jesucristo en la Cruz; incluso más que antes. No me refiero a una reflexión sobre los hermosos crucifijos que tenemos en nuestras iglesias y/o en nuestros hogares; sino que sobre *Jesús mismo en la Cruz muriendo por nuestra salvación.* Como sabemos, en tiempos del Imperio Romano, morir en una cruz era un castigo cruel reservado para los ciudadanos no-Romanos que habían cometido crímenes atroces. Morir en una cruz era un castigo vergonzoso y horrible.  Nosotros, cristianos, profesamos que el Hijo de Dios murió de esta manera horrible, cruel, vergonzosa y dolorosa para salvarnos: San Pablo afirma: "proclamamos a Cristo crucificado" (1 Cor 1:23).

¿Por qué el Hijo de Dios aceptó, en obediencia, esta muerte vergonzosa? Debido al *peso de nuestros pecados.* *El pecado es más que sólo actos externos* por medio de los cuales dañamos nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la creación. *El pecado es una condición arraigada en lo más íntimo de nuestro ser que daña la bondad con la que fuimos creados por Dios.* Esta condición es "una desobediencia, una rebelión contra de Dios... [y] ... 'el amor de sí hasta el desprecio de Dios'" (Catecismo 1850). El pecado es una condición tan grave que la eterna "Palabra se hizo carne" (Jn 1,14) para darse a sí mismo en la cruz por nosotros. ¿Por qué? Santo Tomás de Aquino dice que la muerte sufriente de Jesús encaja con la gravedad de nuestros pecados.

Cuando uno considera la gravedad de nuestra condición interna y sus consecuencias externas en nuestra vida diaria, y el alto precio pagado por Jesús en la cruz para redimirnos, hay un agradecimiento a Dios y un profundo deseo de participar en el sufrimiento y la gloriosa resurrección de Jesús.

¿Hemos reflexionado acerca de la seriedad del sacrificio de Jesús en la cruz y en su resurrección, y cuánto los necesitamos en nuestra vida *diaria* en nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la creación? *De ser así,* podríamos saber lo que significa establecer un proceso continuo de santidad, con sus altos y bajos, sus crisis y sus victorias diarias en Jesucristo. *De no ser así,* podríamos considerar aceptar la invitación de Dios de permitirle a Jesús redimir nuestra humanidad herida y elevarnos a nuestra verdadera dignidad y gozo. Esto se concretiza a través de una relación intencional y diaria con Dios, a veces, dirigida por un director espiritual o nuestros párrocos.

¿No es de esto de lo que se trata el Cristianismo? Reflexionemos, entonces, el alto precio concreto de la misericordia de Dios en Jesucristo y cómo respondemos a este regalo de Dios.